

LA ALBORADA

SEMANARIO ILUSTRADO, DE POLÍTICA, CIENCIAS Y LETRAS

CONSTANCIO C. VIGIL
DIRECTOR - REDACTOR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PLAZA INDEPENDENCIA, 77
(COSTADO NORTE)

AGUSTÍN SALOM
ADMINISTRADOR

AÑO III — 2.^a ÉPOCA

MONTEVIDEO, 4 DE FEBRERO DE 1900

NÚMERO 99

LA GRAN ASAMBLEA DE HOY

El partido Nacional, el gran partido de los esfuerzos gigantescos en aras del bien público, está citado hoy para una asamblea pacífica, de miras elevadas y de proyecciones cívicas saludables y provechosas para el país. Esta reunión popular, —cuya iniciativa corresponde á la Comisión Departamental de Rivera, —no puede parecer contraria á ningún interés público, ni puede parecer hostil á ningún plan patriótico. El partido Nacional va á ejercitar un derecho que le está consagrado por las leyes, y lo va á ejercitar con la prudencia y la respetuosidad hacia el país que le ha caracterizado siempre en sus manifestaciones y en sus actos colectivos. Sólo un espíritu zahorí, juguete del sofisma y adicto á la mala fe, quizá inconscientemente, pudiera ver en ésta y otras semejantes reuniones una amenaza para la marcha tranquila y reparadora de la situación actual; velado reto á las demás fracciones, ó bien, preliminares significativos de cariz bélico, precursores de una gran conmoción á base de carabinas y máusers de último sistema. Solamente, decimos, pueden hacer danzar sus ideas inoficiosas al son de esta charanga, que llega desde la cumbre de la simplicidad con la monotonía de un calabobos, ciertos espíritus dados al vano alarde de penetración sui géneris, á leer en lo oculto y á adivinar las más inextricables intenciones. Pero el pueblo, de manera feliz, desecha tan pueriles conjeturas, y presta su beneplácito á las reuniones que realiza nuestra comunidad, con fines enteramente propicios para la vida democrática y para la soberanía de las instituciones.

El departamento elegido para teatro de la asamblea cívica, es uno de los menos favorables para que la congregación se efectúe fácilmente; y difiere muchísimo, en esto, de San José, Minas y otras zonas en que nuestras reuniones al-

canzaron á atraer de cuatro á siete mil correligionarios. Á pesar de esta circunstancia, y á pesar de otras varias que hay que tener en cuenta, — con especialidad las faenas del campo que impiden la asistencia á un número crecido de compañeros, — la asamblea nacionalista de hoy asumirá las imponentes proporciones de una grandiosa aclamación popular á la sin



General Aparicio Saravia

Jefe superior de la revolución de 1897

mácula bandera principista de nuestra gloriosísima comunidad; de un grande y puro latido del corazón del pueblo hacia el derecho y hacia la libertad; de un juramento común y solidario sobre la Carta sagrada y sobre el asta altiva del pabellón bicolor.

No podemos precisar desde ahora el número á que ascenderán los congregados; mas él será bastante á demostrar una vez más, la inmensa é incontrastable mayoría del partido Nacional sobre las otras colectividades políticas del país.

Saludemos en este día á la pura bandera celeste y blanca; inclinémonos reverentemente ante el altar de la patria, y

ante el texto inmortal de nuestros principios democráticos, que forman nuestra única aspiración y nuestro único norte en la cruzada; presentemos la voz del venturoso acatamiento á las dignas autoridades directivas del partido y á las comisiones de su dependencia, que se afanan con incansable actividad por el florecimiento y el triunfo pacífico del credo nacionalista! Nuestros víctores entusiásticos al humilde, al magnánimo caudillo del Cordobés, al intrépido general Aparicio Saravia, jefe de la aventura heroica del 96 y general en jefe de la gloriosa y ruda campaña que se inició casi simultáneamente en «Tres Árboles» y «Arbolito» y terminó con honor en el campamento de La Cruz! Nuestro recuerdo y nuestras simpatías para los que cayeron con estoicismo, en holocausto al bien, en las horas del cruento sacrificio, y para los demás jefes y subalternos sobrevivientes á él!

¡Arriba el gran pendón celeste y blanco, y unamos en apretado haz nuestras aspiraciones para seguir luchando sin fatiga y sin odio por el triunfo del derecho y por la soberanía del voto popular!



LECTURAS HISTÓRICAS

APARICIO SARAVIA

II

Cuando hablo de Aparicio Saravia, un instintivo sentimiento de respeto embarga mi ánimo: pareceme ver surgir de la penumbra de mis recuerdos la figura legendaria de nuestros gloriosos caudillos de antaño, de Güemes, de Artigas, de Ramírez, de Rivera y Urquiza, rodeadas ya sus frentes de la aureola gloriosa de la inmortalidad: pareceme ver envueltas en pañales á nuestras nacientes repúblicas, — rodeadas de enemigos y asechanzas de todo

género,—salvarse merced á la invencible pujanza del brazo de sus hijos de la campaña, que fueron el ariete formidable que abatiera los orgullosos muros donde, en revuelta confusión, nos avasallara el coloniaje: paréceme sorprenderlos bajo el algarrobo nativo, balbuceando, en sus momentos de recogimiento, el abecedario de la democracia federal que abrazaban como credo y que proclamaban sin ambages, sin comprenderla, con la misma soltura con que recitaban el sencillo « padre nuestro » aprendido en la cuna del cariñoso labio materno, y que elevaban á Dios—inconscientes de sus palabras, pero sabiendo que decían cosas gratas á su divino oído.

Es que el credo federal también se los enseñara otra madre, no menos querida que la que les dió el ser: la madre patria, que conocían por vez primera, que amaban con el ímpetu irresistible del primer amor y á cuyos pies pusieran diligentes su brazo y su bolsillo, su corazón y su cabeza, su tranquilidad y su vida.

Aparicio tiene, en efecto, el corte y las fibras de nuestros viejos caudillos nacionales: su misma figura airosa y simpática; su misma atrayente sencillez; su misma espontánea sinceridad; su ingenuidad, más aparente que real; su valor avasallador y temerario; su estoicismo espartano en las horas de prueba; sus conocimientos topográficos, que forman la ciencia genuinamente criolla, que apellidamos baquía; sus arranques impetuosos, su corazón generoso, su patriotismo lleno de fogosidad que puede conducirlo al error, pero al error disculpable, de buena fe, jamás á la mentira calculada y artera.

Ya se le sorprenda en la tranquila calma de su hogar próspero y feliz, ya se esperen de sus labios, en cónclaves políticos, los sentenciosos pensamientos que resuelven situaciones delicadas, en álgidos momentos; ya centellee en su mano la legendaria lanza ó vibre su voz de sonoridades metálicas acallando el fragor de la batalla, para que repercuta en los corazones su palabra de épicos acentos, es siempre el mismo hombre dominante, rodeado de una aureola de autoridad y prestigio que se difunde é impone en derredor, á pesar de su ingénita modestia que le da mayor realce.

Es siempre el predestinado, el hombre que él mismo, desconociéndose, presentía dentro de sí, cuando, según contaba Chiquito, su noble hermano, repetía desde joven que, « si el partido Nacional tuvo un jefe llamado Aparicio, el tiempo llenaría con otro Aparicio el vacío dejado por aquél. »

Y á fe que aquella autoprofecía se ha cumplido cabalmente.

Aparicio Saravia ha recogido la herencia del heroico anciano de su nombre y ha llenado con los prestigios del suyo el vasto escenario que dejara vacío la sensible muerte del viejo luchador de otros tiempos, imponiendo la fama de su pericia y valor, desde la rinconada boscosa do merodea el matrero, hasta el palacio en que olvidan los millonarios egoístas, las múltiples desgracias de la patria.

Ayer no más, perdíase su nombre en las vecindades de su estancia del Cordobés; ayer no más, era uno de tantos patriotas que abandonaban el lazo ó la mancerca del arado para tomar la lanza al llamado de patrióticos anhelos; pero arrancado á la dicha tranquila del hogar por nobilísimo afecto fraternal, bien pronto se impuso á propios y extraños, reivindicando libertades pasa lejanas tierras allá en la montuosa Río Grande, como jefe de vanguardia de su hermano Gumersindo, el más grande de los generales que hayan cargado espada en los días, aun escasos, de la República brasileña.

Él fué, con el malogrado coronel Carrasco, el brazo fuerte de que se valiera el inmortal Gumersindo, para abrirse paso á través de la inmensa zona Sud, despolada y selvática, del viejo imperio esclavócrata, llevando á sus diseminados pobladores, asombrados de su audacia, la palabra ansiada de libertad cívica que jamás oyeran, y burilando en las moles de granito, en las sierras de Río Grande, con la punta de su espada, la página más bella y más grandiosa de sus modernos anales militares.

Allí, en medio de esas selvas seculares, bajo cuyas enramadas nunca se filtra un rayo de sol; allí, bajo esos árboles, que enlazan por leguas y leguas flexibles lianas, á las que se enroscan reptiles de mortal picadura, mientras huella la hojarasca que alfombra el suelo el cauteloso paso del jaguar, ó saltan ágiles entre sus ramas monos de variadas clases; al través de esos ríos cuyas aguas caudalosas jamás hendiera el hombre civilizado, abrió á filo de machete, el brazo de los Saravias, las picadas que habían de conducirlos victoriosos hasta la provincia del Paraná, realizando una cruzada que, como ha dicho el joven é inteligente cronista Luis Alberto de Herrera, « asombró al mundo americano y atrajo sobre el glorioso caudillo la atención exterior. »

Y en esa cruzada legendaria, cuyas hazañas reseñadas han producido estupor en todas partes donde se conocen las pe-

ripecias de la encarnizada revolución de Río Grande, el instinto guerrero de Aparicio, peculiar á toda su familia, aprendió la complicada ciencia de la guerra de recursos, « sus originales combinaciones para burlar al enemigo, sus traviesas estratagemas, sus clásicos alardes de valor, su pertinacia sin variantes, » cosiendo con puntadas de heroísmo, sobre sus robustos hombros, las palmas de general y haciéndose acreedor á la pesada herencia de fama y prestigio que la infausta muerte de su hermano iba, bien pronto, por desgracia, á poner en sus manos.

III

Yo he oído de labios de un proscrito, mi amigo y compañero el coronel Julio Varela Gómez, cómo germinaba en los corazones de los orientales que acompañaban á Gumersindo, la radiosa esperanza de que aquel jefe los condujera luego á la reconquista de las holladas libertades de su patria, y cómo hubo un momento en que el valiente Carrasco estuvo á punto de realizar esos ensueños patrióticos, que se concentraron más tarde, cuando la suerte adversa arrancó de la escena y de la vida á esos adalides, en torno de la ya saliente figura de Aparicio, el incansable y fuerte guerrillero.

Hele oído narrar sus desalientos, sus inquietudes, sus impacencias: sus desalientos ante el decaimiento cívico que observaran á la vuelta á sus lares; sus inquietudes al creer que iban á hallarse solos en la contienda; sus impacencias al pensar, dados los escasos medios de que disponían, que el momento inicial de la ansiada reivindicación no iba á llegar jamás.

Pero mientras sus corazones palpitaban con ensueños patrióticos más allá del Cuareim, de este lado del Plata movíanse febriles otros expatriados, y un hálito poderoso de libertad y civismo corría en alas del pampero sobre la tierra oriental, dejando á su paso en el alma de la juventud valerosa, simientes de batallas, cívicos anhelos, deseos poderosos de reacción, que habían de fructificar en no lejanos días.

Juan José de Herrera, Terra, Tomé, Golfarini, Morales, se movían en Buenos Aires; Acevedo Díaz agitaba desde las columnas de *El Nacional* la tea revolucionaria que iba á iluminar, despertando las dormidas conciencias juveniles; Lamas meditaba en el silencio del Estado Mayor Argentino sus planes de campaña; Núñez sofrenaba á duras penas sus bélicas impacencias, propias de su alma fiera

y tempéstuosa, mientras allá en los lejanos pagos del Cordobés, Saravia se afiebraba con sus propios ensueños de combate y evocaba de nuevo su propia predicción de que el tiempo llenaría con otro Aparicio el vacío dejado por el viejo caudillo del partido Nacional.

Y cuando esas diversas actividades, cuando esas patrióticas impacencias, cuando esos anhelos llegaron á uniformarse en un solo propósito y en una sola línea de conducta, la tormenta condensóse sobre los horizontes políticos uruguayos, la sentencia de muerte del nefando sistema bordista pronuncióse inapelable por la opinión.

Estalla entonces aquella heroica locura de Noviembre de 1896, que no tenía precedentes ni tendrá imitadores en nuestros anales.

Aparicio, alucinado por sus deseos y en gañado por falsas promesas, se desprende como el rayo de sus pagos nativos, reúne apresuradamente á sus parciales, y sin mirar sus pocas fuerzas ni su escaso armamento, se lanza al centro del poder enemigo, toma á Sarandí del Yí, derrota é incorpora las policías á su paso, corretea al regimiento del coronel Aldama, burla al comandante Barriola que manda el 4 de caballería de línea, y esquivá á Justino Muñiz, blanco de filiación, de legendaria bravura, la única lanza de temple de las huestes del gobierno.

Aun no había vuelto de su estupor el vergonzante oficialismo de Idiarte Borda, cuando Aparicio, más fatigado por el desencanto que por sus correrías, detenía su caballo de guerra á cuarenta leguas escasas de la capital uruguaya!

Comprendió entonces Saravia lo que debía esperar de los que lo habían lanzado á la fabulosa aventura, y pensando con razón que la inacción era la muerte, meditó recién en una retirada, que aun los más audaces creyeron imposible.

El día 2 de Diciembre pasaban los nacionalistas por el pueblo de Nico Pérez, ya divididos en dos columnas, mandada una por Aparicio en persona y otra por Antonio Floricio Saravia (a) Chiquito, de famosa memoria por su heroico valor.

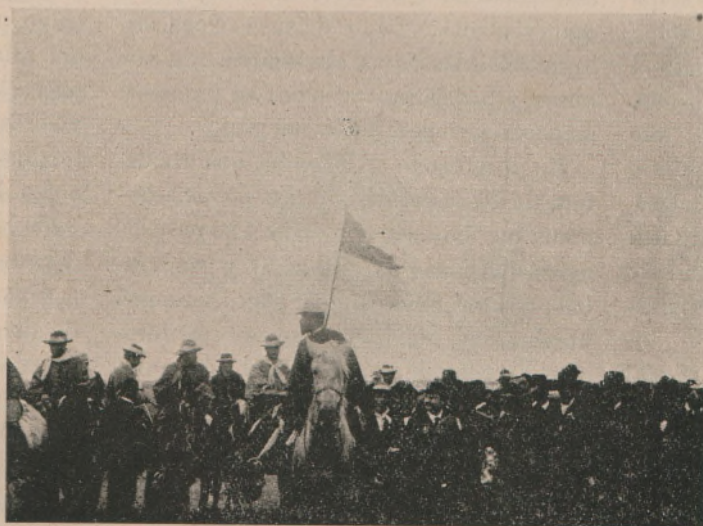
Escuchemos cómo narra el joven de Herrera esta página, digna de los tiempos heroicos de nuestra epopeya libertadora:

« Saravia, tiroteado por el enemigo, volvió caras con rumbo al Cerro Chato; Muñiz y Gutiérrez con sus mil hombres bien armados y municionados, le habían cerrado

el rumbo al Cordobés, que había elegido. Su indomable valentía contuvo en esta ocasión y castigó con aleccionadora rudeza á los guerrilleros de Muñiz, que creían estar abocados á una facilísima victoria. El sargento Gregorio Sosa, del 3.º de línea, que mucho arriesgó, fué lanceado á la vista de sus compañeros.

Esto ocurría el día 3. En la noche Aparicio, que iba desmenuzando sus fuerzas, se internó en las ásperas quebradas de Treinta y Tres, llevando un grupo reducidísimo de compañeros. En las puntas del arroyo Las Pavas había disuelto su columna después de proclamarla.

HOMENAJE Á LA PAZ



Desarme de La Cruz, 25 Septiembre de 1897

EL CORONEL LAMAS Y SU ESTADO MAYOR

Barriola no había pasado adelante de Nico Pérez.

Por lo que respecta á Chiquito, durmió tranquilamente el 2 en las sierras de Sosa. El 3 de madrugada siguió tras Aparicio, sabiendo en el camino, por algunos dispersos, lo ocurrido con aquél, modificando entonces su rumbo, dirigiéndose al Yí por la cuchilla que separa á los arroyos Monzón y Valentín. En la noche disolvió su gente.

Aparicio Saravia cerró con una hazaña final su levantamiento. Á pocas leguas de la frontera salió á cortar el paso una fuerza gubernista de 300 hombres, mandada por el coronel Borda. El general, dominado por un negro fastidio, lo cargó á lanza sin hacer previo cálculo de probabilidades, y fué tan atropellador su empuje, que lo llevó por delante desde el arroyito de la Lechiguana hasta el Brasil, internándolo, quieras que no quieras, cinco leguas en aquel país.

La línea divisoria la habían pasado por Aceguá. Fué tan real este famoso hecho

de armas, que la guardia brasilera, no pudiendo impedirlo, empezó á hacer disparos sobre los perseguidores, siendo herido en tales circunstancias el bravo comandante Antonio Mena.

He ahí resumida, la increíble aventura de Noviembre! »

IV

¡ Alea jacta est! , pudo exclamar con razón Aparicio Saravia, al dejar tras de sí, después de esta aventura, las fronteras de su patria hermosa.

Nadie sino su fuerte brazo y su alma grande podía reabrirle en el futuro sus puertas, levantando con la punta de su lanza el destierro que pesaba sobre él y los suyos.

La lava revolucionaria se agitaba sordamente en las entrañas de la República, pero faltaba quien precipitase audaz el cataclismo, rompiendo las barreras de fuerza que la contenían, mal de su grado, en el cráter.

Aparicio era el menos apto para nuevas confianzas: burlado en su tentativa de Noviembre, se agregaban á sus suspicacias nativas los frutos de una amarga y reciente experiencia.

La levadura revolucionaria continuaba fermentando en Buenos Aires y en el litoral uruguayo, siguiendo rumbos propios y obedeciendo á elementos dirigen-

tes que poco habían sabido hasta entonces del prestigio y del empuje de Saravia.

Pero la cruzada de Noviembre, alumbrando con la rapidez de un relámpago los horizontes preñados de tormentas, les había mostrado cuál era el hombre que faltaba á la empresa, y se apresuraban á buscarlo.

Aparicio, en tanto, previendo los sucesos, allegaba recursos y elementos en los vastísimos potreros llamados de Ana Correa, más allá de la línea fronteriza. Movíanse en torno suyo falanges veteranas de Río Grande, jóvenes soldados orientales y viejos caudillos de pasadas luchas, que le empujaban sin cesar á nuevas empresas bélicas, y ante cuyas insinuaciones, rendidos al fin sus recelos justísimos y sus fundados resentimientos, consintió en enviar á Buenos Aires á Chiquito, hombre de raro temple y de una perspicacia sin igual, que allanó bien pronto las dificultades, dejando resuelta la invasión simultánea de Marzo, que debía partir del Brasil, Buenos Aires y Uruguay.

Ya está el gigante en lucha: ya pisa de nuevo sus cuchillas nativas, testigos de sus audacias infinitas: ya oprime en su mano la férrea lanza de sus venganzas patrióticas: ya monta nuevamente su caballo de guerra, compañero leal de días sin pan y noches sin abrigo, de largos días tristes y cortas horas alegres: ya suena otra vez á su oído alerta,—que recoge las confidencias de natura, que encuentra un consejo en el rumor del río ó en el lejano grito del chajá vigilante,—el bélico bramido del salvaje clarín de Camundá, el legendario negro, su fiel asistente, cuyos pulmones tan henchidos de aire como de odios, sólo saben soplar las notas fatídicas del degüello.

Arbolito fué la primera etapa;—etapa sangrienta en que el cadáver del noble Chiquito quedó en el campo marcando el primer jalón de la reivindicación ansiada.

Día sin luz, triunfo sin alegrías, que llenará de sombras el alma del caudillo, quien desde la hora fatal tiñó de negro, para siempre, su airoso poncho, que hasta entonces ostentara el blanco y azul de nuestros celajes, el azul y el blanco de nuestras banderas.

¡Tierna y conmovedora señal de duelo!

La patria, prenda que cubre solícita nuestras miserias y vela pudorosa nuestras alegrías, mostró en adelante el tinte sombrío de aquella alma grande, que la pérdida del hermano querido, víctima de sus audacias generosas, sumiera en la noche perpetua del dolor.

Tras los acerbos duelos del primer combate reñido con Muñiz—férrea cuña que, para que el viejo adagio criollo se cumpliera, era astilla del mismo palo blanco,—vino la alegre nueva de Tres Árboles, y casi simultánea, la incorporación de Lamas y de la falange invasora del Río de la Plata.

Día fué aquel que se conservará siempre en el recuerdo de los buenos orientales;—hora famosa en que, puestos en contacto los dos polos opuestos de la eléctrica corriente revolucionaria, habían de generar la chispa poderosa que galvanizara el cadáver de muertos entusiasmos y energías, y matara simultáneamente la farsaica pero deprimente oligarquía que oprimía la tierra uruguaya.

Jamás en los campos de la legendaria tierra de Artigas, halláronse batallando por una sola y noble causa dos caracteres más diversos y que se complementaran mejor en sus altos y difíciles propósitos.

Serio, reposado, taciturno, ajeno á los entusiasmos ardorosos que su alma, si engendraba, reprimía en seguida, estu-

dioso, dotado de una serenidad estoica, hombre en quien la razón fría y el cálculo sereno primaban sobre los impulsos de pasiones que jamás dejó traslucir, Diego Lamas era en la jefatura del estado mayor, *the right man in the right place*; un lunar, hasta cierto punto, en medio de aquel ejército cuya fuerza principal nacía de sus entusiasmos generosos é impacientes.

Desconocido casi entre los suyos, estaba destinado, sin embargo, á ser el alma de tropas cuya cohesión y fuerza nacería precisamente del prestigio incuestionable de quien las mandase.

Pero eran tales y tan grandes sus virtudes, era tal el temple de su alma, le adornaban tan grandes cualidades, que lo que callaban sus labios de sus excelencias, lo decían á las claras, elocuentemente, sus obras, y lo dejaban traslucir á su pesar sus menores acciones, hasta sus gestos.

En torno suyo se difundía una atmósfera tal de austeridad, que su persona imponía involuntario respeto, y á su paso las ajenas pasiones se reprimían y moderaban, como si temieran que adivinase aquel hombre, en las impacencias y ardores ajenos, el fondo de debilidad que todos tenemos y que todos deseamos ocultar.

V

Su sencillez republicana, su sobriedad, su mesura en el hablar, la parsimonia de sus ademanes, su escasa palabra, su valor frío y sereno, que era, sin embargo, heroico, rodeándole del respeto de todos, y sus grandes condiciones semejabán esos cuerpos fosforescentes que brillan tanto más, cuanto más densas sean las tinieblas que les rodean.

Tal era Lamas. En las horas de regocijo, cuando las alegres dianas de victoria atronaban los aires, al otro día de Tres Árboles, por ejemplo, su modestia ingénita hacía silencioso, parco en elogios, casi huraño. En medio de las sombras de la retirada, escaso de caballos y municiones, herido y maltrecho, sus facultades se multiplican, está en todas partes, todo lo vigila, todo lo ordena, y su genio militar y su valor, que tiene mucho de la resignación de los estoicos, lanza destellos purísimos que alumbran aquel caos y dan nuevo calor á los corazones, que el frío del contraste, más que el de la atmósfera, comenzaba á entumecer.

Aparicio es el reverso de esta medalla: sonriente y bonachón, expansivo como todos nuestros paisanos, tiene una frase bondadosa para cada soldado y un picaresco

chiste para caracterizar cada situación; poseído de entusiasmos ardorosos, de ímpetus arrebatadores, la carga á lanza es su fuerte, y en el torbellino de polvo que levanta el casco de su corcel de guerra, y en los alaridos horribles del entrevero, se enceguece y asorda, olvidando lo que lo rodea, para pensar sólo en su frente que embiste con bravura sin ejemplo, hasta que queda limpio de enemigos.

Lamas es la mansa brisa marina que hincha las velas del bajel revolucionario; lo mueve, lo impulsa, y ora de popa, ora á la capa, ora dando bordadas, lo lleva á seguro puerto.

Aparicio es el huracán que envuelve en su vorágine al enemigo, lo arrebató, arranca de cuajo sus escuadrones, los abate y destruye, pero llevando en su seno el germen del árbol nuevo y sano que ha de reemplazar la planta perniciosa, cual llevan los vientos arrebatadores de los trópicos á las tórridas regiones que asuela su fragor, el polen de la palma que convierte en bello oasis la isla que atraviesa y cuyas salvajes florestas arruinara poco antes.

Una es, sin embargo, la fuente purísima de donde mana el agua que corre por el cauce del sereno río y la que engruesa las tumultuosas olas del torrente.

Ambos beben sus inspiraciones en el más sano patriotismo: á ambos los mueve el más noble desinterés: á ambos sirve de norte y guía el ideal más sacrosanto y levantado;—y francos y sinceros los dos, se abren sus almas á la primera mirada, leen de corrida en sus corazones las limpias páginas de su vida, y, al conocerse, se comprenden y se quieren, fundiendo sus personalidades y sus fuerzas en el crisol de su amor patrio, que los depura de la escoria de humanas pasiones, para amoldarlos en una sola entidad, que es á la vez brazo y cabeza y que ha de ser entonces y después, el alma unigénita y grandiosa del movimiento libertador.

A partir de ese instante el ejército tiene á su frente dos personas distintas, pero un solo jefe verdadero: Aparicio es otro, ha encontrado en Lamas el complemento de su personalidad, que perdiera el día nefasto de la muerte del ínclito hermano, dejado en lejana y misteriosa tumba, en las abruptas serranías de Río Grande.

Lamas representa la escuela moderna, los recursos de la táctica, los mil detalles en que estriba el secreto de la organización y de la disciplina, el orden en las marchas, las precauciones y la estrategia que presiden al acto de campar, en que estriba muchas veces la victoria.

Aparicio posee la luminosa inspiración del momento álgido, que inclina favorable-

mente á la veleidosa fortuna; es el primer baqueano de su ejército y sabe dónde ha de vadear los ríos del país y qué sierra ofrece, en su camino, seguro abrigo y fortaleza natural;—provee de caballadas y recursos, conoce á los hombres como á los montes y los ríos; organiza las sorpresas y los reconocimientos y reserva su brazo formidable para los momentos en que es menester, como en Cerros Blancos, fiar sólo al poder de su lanza la salvación de las tropas, y con ellas los destinos de la revolución.

En un semestre de bregar sin tregua, sucedense á su frente catorce jefes enemigos que comandan ejércitos varios y que ostentan á los atónicos ojos del país, tantos entorchados como inepticia; recorrense dos veces las largas leguas que mide el escabroso suelo patrio; danse batallas campales; pónense asedios como el del Salto; riñense escaramuzas varias y hasta combates navales como el de Guaviyú; opéranse desembarcos como el de Imas en San Antonio; efectúanse nuevas invasiones como la de Mongrell; sorpréndense gefes hasta en camisa, como pasó con Nicasio Borges, y empréndense retiradas crudelísimas, como la de Cerros Blancos.

En todas partes brilla con una sola luz, fulgente y esplendorosa, aquel dualismo que tan gran suma de virtudes y admirables cualidades reúne en sí y exterioriza en su acción; y al fin, después de vicisitudes mil, de victorias ruidosas y pequeños reveses, de penurias sin cuento, de grandes dolores é intensas alegrías, de esperanzas risueñas y sombríos desalientos, el poder invencible de Aparicio y Lamas y la incontrastable fuerza de la opinión, obligan al enemigo, (ya decapitado en la persona de Borda, muerto á manos de Arredondo) á firmar el pacto de Septiembre, que finaliza, al cabo, la lucha de titanes empuñada en Marzo.

Y en este desenlace brillaron como nunca las energías y las virtudes de los dos jefes, que dieron á la República el más alto y plausible ejemplo de patriótico desinterés, ofreciendo el raro caso de que en el pacto final sólo figurasen sus nombres para obligarse á su cumplimiento.

Todo para la patria y los suyos, nada para sí, parece ser la consigna de sus conciencias, que ellos cumplieron religiosamente; y mientras el uno corría presuroso á ocultar sus laureles en el regazo materno, el otro tornaba en silencio á la nativa estancia, á las breñas y arroyuelos testigos de los juegos varoniles de su niñez, apurándose, como si temiera que antes de llegar le alcanzasen las ruidosas manifesta-

ciones del entusiasmo, la admiración y el regocijo del país entero.

AQUILLO GONZÁLEZ.

(Argentino.)

(Se terminará en el próximo número.)



MIGNÓN



Era una pequeña árabe, á quien llamábamos Mignón, por su aire nostálgico.—Malos tratamientos en el día, pésimo lecho por la noche y llanto á todas horas, esa era la vida de la pobre muchacha. Estaba muy flaca y muy pálida; pero en sus ojos se había concentrado toda la vida que se esca-

AUTORIDADES NACIONALISTAS



Doctor José M. Arregui
CONGRESAL POR EL SALTO

paba de aquel cuerpecillo endeble. Eran sus ojos negros, grandes, muy abiertos, como si la escuálida agarena quisiera antes de morir, abarcar el mundo con una sola mirada.

Vino á Medellín con unos saltimbanquis que trajeron osos y micos. Allá lejos, muy lejos, en la Arabia, los padres de la infeliz la vendieron por una manta de hilo y un puñado de dátiles. Vivía muy triste la pobrecilla, recordando constantemente el desierto con sus arenas abrasadoras; las palmeras con su follaje fresco; los camellos con sus grandes jorobas, entre las cuales se dormía, arrullada por las canciones que su madre entonaba para animar el paso del deforme cuadrúpedo, fiel compañero del árabe, y el aduar con sus tiendas, su bullicio y sus cantos. Todo lo recordaba, todo. En sus miradas se traslucía la nostalgia, porque en el fondo de aquel corazóncito de diez años estaba siempre vivo el deseo de volver al hogar abandonado.

Como si ella fuese un animal, la hacían dormir sus amos en un cuarto con osos y monos, sin pensar en lo que sufría. Al principio, los monos la mordían; después, se acostumbraron á verla, y ella al fin hizo buenas migas con tan vivarachos compañeros.

Mas con los osos, ¡qué sustos pasaba al darles la comida y al oír sus gruñidos! Había sobre todo una osa parda, enorme, que hacía llorar de miedo á la pobre Mignón. El animal le manifestaba odio. ¿Por qué? Nadie podría saberlo, ni el mismo Director de la Compañía, quien, cuando la osa le tiraba un zarpazo á la chiquilla, se contentaba con decir en su germanía híbrida, mezcla informe de árabe, francés y castellano:

—Te aborrece muy fuerte. Cuidado, te mata, ¿eh?

El circo estaba lleno de espectadores que aguardaban con impaciencia la función de animales sabios.

Sonó un silbido, y por una puertecilla situada bajo el palco de los músicos, salieron los saltimbanquis, los osos y los monos. Mignón venía un poco atrás, vestido con pantalones bombachos rojos y chaquetita azul. En la cabeza llevaba un turbante amarillo.

Llegados á la mitad del circo, obedeciendo las voces de mando de sus amos, exhibieron sus diversas habilidades.

Tocóle el turno á la chiquilla. Subióse sobre los lomos del oso y empezó, siempre seria, á hacer prodigios de agilidad y milagros de equilibrios. Al terminar, una tempestad de aplausos se desencadenó.

—¡Bravo, Mignón, bravo!

—Anda á recoger lo que esos señores te van á dar, le dijo el jefe, señalándole un grupo de personas que, desde un palco, la llamaban.

Y allá se dirigió la chica, llevando en la mano su turbante, en cuyo fondo cayó una lluvia de monedas.

—Oye, Mignón, le gritó un joven, ¿qué harás con ese dinero?

—Se lo doy al amo para pagarle lo que valgo, y con lo que me sobre, me voy.

—¡Bravo, Mignón, así se habla!

—¡Bueno, Mignón, toma más! gritaban todos compadecidos, arrojando monedas entre el turbante. Una sonrisa, la primera que le veíamos, se dibujó en su boca al verse dueña de tanto dinero.

Volvió á bajar al circo, donde la aguardaban sus compañeros. Y tal vez aturdida con su triunfo, no se fijó en que se había colocado muy cerca de la osa, que la odiaba.

—Toma, Mignón, gritó un espectador,

tirando una moneda, que cayó entre las patas de la osa.

La chiquilla se apresuró á recoger la nueva dádiva; pero, antes de guardársela, se sintió abrazada fuertemente. Sus huesos traquearon con un crujido de leña seca. ¡Era que la osa la ahogaba entre sus brazos!

No dió un grito. Cuando la levantaron, salieron rodando unas monedas de su bolsillo. ¡Pobre Mignón! Era el precio de su rescate; lo que le había de servir para volver á su desierto, á sus palmeras y á su aduar!

JULIO VIVES GUERRA,

Colombia, 1899.



A

Hay una flor que descuella,
en medio de la espesura,
como tu aliento tan pura,
como tu rostro tan bella.

Esa flor en este suelo
es la flor de más primores.
Tal vez sólo hay de esas flores
en los verjeles del cielo.

Cuando de la noche salva
y bella la luz asoma,
vaga su virgen aroma
en las sonrisas del alba.

Si la veo, me embelesa;
y el viento que allí retoza,
cuando me acerco, solloza,
cuando me alejo, la besa;

y parece que su encanto
acariciara travieso
con las ternuras de un beso
y los arrullos de un canto.

Serena una linfa fragua
á su lado dulce queja,
y su hermosura refleja
el terso cristal del agua.

Y como al cerúleo velo
la linfa también retrata,
la flor, entre ondas de plata,
parece besar al cielo.

Y allí, en medio de las frondas,
cantan sus épicas galas,
la brisa, al batir sus alas,
y el agua, al mover sus ondas.

Desde que culto rendí
á tu hermosura y candor,
al verte, pienso en la flor,
y al ver á la flor, en ti.

Y es que aquella flor semeja
tus encantos virginales,
como en sus tersos cristales
la linfa á la flor refleja.

Como esa flor tú descuellas,
y hermocean tus auroras,
tus gracias tan seductoras
y tus virtudes tan bellas.

RENATO MORALES.
(Peruano.)

Arequipa, 1899.



OLÍMPICOS



I

Vislumbrar una luz á lo lejos,
cuya luz en el yo se retrata,
cual se observa, á la vez, una estrella
rodando en el éter, rielando en las aguas:
es tener vocación y sentirla;
guerrear con divisa y con armas;
armas propias, divisa de fuego,
que el arduo pasaje del héroe señalan.

II

Avanzar con la carne en el polvo,—
carne vil que del polvo no se alza,—
mientras forja la mente indomable
la escena y el cuadro, la estrofa y la estatua,
es haber aflojado las cuerdas
que á la torpe materia nos atan:
ostentar como el clásico Alcides,
la leche de Juno vibrando en la casta.

III

Recibir el dolor y sufrirlo
con no sé qué mental arrogancia,
cual pudieran sentir,—si sintiesen,—
los nobles metales la acción de la fragua:
es tenerse por hombre y gozarse
en su propia virtud y sustancia:
merecer la corona de espinas,
que es nimbo y diadema, que es yelmo y tiara.

IV

Aceptar el placer y vivirlo
con un dejo de hastío y nostalgia,
cual pudiera entregarse á los Faunos,
forzada de Jove, la púdica Diana:
es probar un espíritu fuerte,
refractario á las artes de Onfalja:
sacudir, todavía, en los hombros,
del ángel caído las místicas alas.

V

Sospechar una mano en la sombra
que combina fantásticos dramas,
que describe una red de caminos
por donde las fuerzas del orbe se lanzan:
es tener la intuición de la ciencia,—
de una ciencia profunda y exacta,
que á esta suma de causas y efectos
supone un efecto, supone una causa.

VI

Esperar esa vida futura,—
vida plena sin nubes ni pausas,—
donde todo es amable y en donde
no cabe, siquiera, la cólera santa:
es sentir la pasión de lo hermoso
al supremo nivel exaltada:

presumir la estrategia sublime
de Aquel que en el seno del tiempo trabaja.

VII

Percibir en la propia conciencia
la noción de lo bueno que canta,
como el eco de un mundo invisible
que es centro, y es fuerza, y es vida, y es gracia:
es tener un blasón sobre el pecho;
es llevar las insignias humanas;
es reinar sobre el lodo y las bestias
y ser hijo de Dios y ser alma!

PEDRO B. PALACIOS.
(Uruguayo.)

La Plata, 1899.



MELANCOLÍAS Y CÓLERAS

(DEL LIBRO DE ESTE TÍTULO PRÓXIMO Á PUBLICARSE)



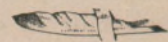
Al chorro del estanque abrí la llave;
pero á la pena y al furor no pude
ceñir palabra consecuente y grave.
Pretendo que la forma ceda y mude;
y ella en mi propio gusto se precave,
y en el encanto y en el brillo acude.

Afeites usa y enojada viene...
¡Sólo á esplendor y á seducir aspira,
como en la noche y en el mar Selene!
¡Es coqueta en el duelo y en la ira
del supremo rubor!... ¡No en vano tiene
curvas y nervios de mujer la lira!

¿Qué mucho, pues? Á encono y á quebranto
dejo el primor que les prendí por fuera;
y en la congoja y en la saña, el canto
resulte gracia irónica y artera:
el iris en el glóbulo del llanto
y la seda en la piel de la pantera.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.
(Mejicano.)

Veracruz, Diciembre de 1899.



LOS SUICIDIOS



Leía hace pocas noches, en la gacetilla
arlequinesca de un periódico, la noticia de
un suicidio recientemente acaecido. El
párrafo en que se da cuenta del suceso
desgraciado, mueve con descaro las cam-
panillas agudas del bufón; refiere aquel
suicidio con la pluma coqueta y juguetona
que se empleó poco antes en referir una
cena escandalosa ó una aventura galante
de la corte; habla de la muerte con el
mismo donaire que usaría para describir,
en la crónica de un baile, el traje blanco
de la señora de X. Trátase de un joven
que en el primer día de camino, se postra
de fatiga y arroja con desdén el nudoso
bordón que le ha servido; de una madre
que llora sin consuelo, mirando vacío en
el hogar el hueco, aún tibio, que ocupaba

su hijo; y todo esto se refiere sencilla y alegremente, con la sonrisa en los labios, saboreando el delgado cigarrillo que se ha encendido para salir del teatro. Esta nerviosa carcajada, que no es la de Lucrecio al mofarse con ira de sus antiguos dioses; que no es la de Lord Byron al sentir rodeado su espíritu por los anillos recios de las víboras que devoraban el cuerpo de Laoconte; que no es la de Gilbert al cercarse, circuido de rosas, á la tumba; que no puede compararse á nada de esto, porque no la engendran ni el dolor, ni la duda, ni el escepticismo, me parecía la risotada de un imbécil ante la fosa llena de cadáveres. Y apartando de mi vista la hoja impresa, recordé con repugnancia el *Decamerón* de Bocaccio, apareciendo en los días de la peste de Florencia.

La epidemia que ahora nos devora es más terrible aún que la que diezmaba á los infelices florentinos, cuando se publicó el desvergonzado libro de Bocaccio. El suicidio ya no es un hecho aislado: es una peste. No sé qué extraña concatenación, qué misteriosa complicidad liga estos crímenes; pero no vienen solos, el uno sigue al otro, se dan alcance, como si el suicidio fuera una enfermedad contagiosa, á modo de la fiebre. Precisa averiguar cuál es el Ganges que produce estos miasmas ponzoñosos. En el monólogo de *Hamlet*, que es un precioso dato sobre la idea del suicidio en el siglo XVI, se perciben claramente los terrores de la duda. Hoy, al abrirse las puertas de la eternidad, no se pregunta nadie cuál podrá ser el sueño de la tumba. Se muere con la sonrisa en los labios, paladeando las gacetillas románticas y alimbaradas en que se dará cuenta al público del acontecimiento. Nuestro moderno *Hamlet*, después de almorzar suculentemente, no formula el *to be or not to be*: toma el veneno, y si es franco, si es sincero, escribe á algún amigo una carta, como ésta que yo guardo en el más secreto cajón de mi bufete:

«Caballero: voy á matarme porque no tengo una sola moneda en mi bolsillo, ni una sola ilusión en mi cabeza. El hombre no es más que un saco de carne que debe llenarse con dineros. Cuando el saco está vacío no sirve para nada.

Hace mucho tiempo, cuando yo tenía quince años, cuando temblaba al escuchar el estampido de los rayos, creía en Dios. Mi madre vivía aún, y por las noches, antes de acostarme, hacía que de rodillas en mi lecho, le rezara á la Virgen. Perdona usted que las líneas anteriores casi vayan borradas; cuando pienso en mi madre, las lágrimas se saltan de mis ojos.

Todavía me parece estar mirando la ceremonia de mi primera comunión. Muchos días antes me había estado preparando para este solemne acto. Yo iba por las noches á la celda de un sacerdote anciano que me adoctrinaba. ¡Cuán pueriles temores solían asaltar mi pobre pensamiento en esas noches! Puedo asegurar que mi conciencia era entonces una página blanca, y sin embargo la idea de comulgar en pecado me aterrorizaba. Al salir por el claustro silencioso, sólo alumbrado á trechos por una que otra agonizante lamparilla, andando de puntillas para no oír el eco de mis pasos, se me figuraba que las formas gigantes de prelados y monjes, desprendidas de los enormes lienzos de la pared, iban á perseguirme, arrastrando pesada-



Luis Berisso

DISTINGUIDO ESCRITOR Y NOTABLE CRÍTICO ARGENTINO

mente sus mantos y sotanas. Una noche — la noche en que me confesé — todos estos delirios de una imaginación enferma, desaparecieron; salí regocijado de la celda, como llevando el cielo dentro de mi espíritu. Ahí estaban los prelados con sus mitras, y los monjes, ceñida la correa, calada la capucha, inmóviles y mudos en los cuadros colosales del gran claustro; pero en vez de perseguirme con adusto ceño, me sonreían, al paso, cariñosamente. ¡Qué blanda noche aquella! Al amanecer del día siguiente, me llegué á imaginar que las campanas repicaban el alba dentro de mi pecho. Parece imposible, caballero, que una superstición y una mentira puedan hacer felices á los hombres.

Hoy me hallo á diez mil leguas de aquel día. Durante este paréntesis obscuro, me he dedicado con empeño y con ahinco á estudiar el gran libro de la ciencia. Como

una dama después del baile, en el misterio de su tocador iluminado por la discreta luz de sonrosada veladora, se despoja de sus adornos y sus joyas, así me he desvestido de las sencillas creencias de mi infancia. En cada libro, como las ovejas en cada zarza, he ido dejando, desgarrado, el vellón de la fe. Y ¡es tan triste el invierno de la vida, cuando no se tiene ni una sola creencia que nos cubra! Las ilusiones son la capa de la vejez.

Mientras yo creí en Dios, fuí dichoso. Soportaba la vida, porque la vida es el camino de la muerte. Después de estas penalidades — me decía — hay un vacío en que se descansa. La tumba es una palma en medio del desierto. Cada sufrimiento, cada congoja, cada angustia es un escalón de esa escala misteriosa vista por Jacob y que nos lleva al cielo. Yendo camino del Tabor, bien se puede pasar por el Calvario. Pero imagínese usted la rabia de Colón, si después de haberse aventurado en el mar desconocido, le hubiera dicho la naturaleza: ¡América no existe! Imagínese usted la rabia mía, cuando después de aceptar el sufrimiento, por ser éste el camino de los cielos, supe con espanto que el cielo era mentira. ¡Ay, recordé entonces á Juan Pablo Richter! El cementerio estaba cubierto por las sombras; bostezaban las tumbas y abrían paso á los espíritus errantes; nada más, los niños dormían en sus marmóreos sepulcros. Ahí el cuadrante de la eternidad, sin aguja, sin números, sin más que una mano negra que giraba y giraba eternamente. Un cristo blanco, con la blancura pálida de la tristeza, alzabase en el tabernáculo. ¿Hay Dios? — preguntaban los muertos. Y Cristo contestaba: No! los cielos están vacíos; en las profundidades de la tierra sólo se oye la gota de lluvia cayendo como eterna lágrima. — Despertaron los niños, y alzando sus manecitas exclamaron: — ¡Jesús, Jesús, ¿ya no tenemos padre? Y Cristo cerrando sus exangües brazos, exclamó severo:

— Hijos del siglo: vosotros y yo, todos somos huérfanos!

Á esta terrible voz que descendió rodando por las masas de sombras apiñadas, cerráronse las tumbas con estrépito, los cirios se apagaron de repente, y la terrible noche tendió su ala de cuervo sobre el mundo.

¡Hijos del siglo, todos somos huérfanos!

¡Cuántas veces, caballero, he repetido en mis horas de angustia estas palabras: todos somos huérfanos! Mi alma está entumecida, y necesita para seguir moviéndose, el calor de una creencia! Pero he despilfarrado mi caudal de fe, y en el

fondo de mi corazón no queda un solo ochavo de esperanza. Soy un bolsillo vacío y una conciencia sin fe. Cuando el saco no sirve para nada, se rompe. Esto es lo que hago.»

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(Mejicano.)

1899.



MEDIOEVAL



Villano, trovador, fraile ó guerrero,
con hoz, breviario, bandolín ó espada,
fuera hermoso vivir en la pasada
heroica edad de corazón de acero.

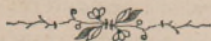
Fuera hermoso, en verdad! Si fraile austero,
ver á Dios con extática mirada;
llevar por la Esperanza constelada
y la Fe el alma, si infeliz pechero;

Si trovador, en el feudal castillo
cantar glorias y amor, al suave brillo
de los ojos de hermosa castellana;

Combatir, si guerrero, noche y día,
asaltar, lanza en mano, una abadía,
ó acuchillar la hueste musulmana.

RICARDO JAIMES FREIRE.
(Boliviano.)

1899.



EL ÁNGULO DE LA SITUACIÓN



I

De manera que usted aspira á ser redactor de *El Ángulo de la Situación*?

— Si logro merecer ese honor....

— Usted dónde ha escrito antes?

— Yo? En mi casa.

— Digo, en qué periódico?

— He sido, en un tiempo, Redactor en jefe de *El Hojasquín del Monte*, periódico que trataba exclusivamente de toda clase de animales en general, y de los mismos en particular.

— ¿Pudiera usted ofrecerme una muestra de esa publicación?

— Siento no poderlo hacer, porque la empresa quebró antes de que se publicara el primer número; pero, en cambio, conservo aquí, en mi cartera, los borradores de mi primer artículo de fondo.

— Veamos.

— Hablo sobre *El Buey*, y digo: « Este animal se compone de cuatro patas, en lo cual se diferencia de la gallina, verbigracia, que solo tiene dos. Usa cuernos en su respectivo lugar, sí que también el rabo correspondiente, como los demás animales de pelo, salvo el hombre, que no lo

lleva, con excepción del mono y de otras aves análogas que gastan cola.... »

— Bueno, basta!

— Le advierto á usted que esto no es más que un ensayo. Me faltaba pulirlo; pero como la empresa quebró....

— Está bien. Dejemos ahora en paz á los animales, como usted y yo debemos comprenderlo, y vamos á engolfarnos en cuestiones de alta política. De qué color es usted?

— Yo? Así, como usted ve....

— Hablo del color político.

— Me es indiferente. Puedo ser blanco, colorado, amarillo, como usted quiera.

— Así me gusta. Es usted entonces un hombre independiente, que llaman.

MONUMENTOS DE LA ARGENTINA



El General Belgrano

— Oh, sí, muy independiente.

— Bueno. Para que escriba usted con acierto, le diré que todo escritor público debe tener su bandera.

— Supongo que usted me la proporcionará, porque yo no tengo....

— No es bandera material, amigo mío, sino imaginaria; pero que debe estar siempre enarbolada.

— Imaginariamente.

— Es claro.

— Entiendo.

— Luego debe ser usted amigo del orden....

— Y quién es ese sujeto?

— Yo tampoco le conozco; pero es una amistad que hay que cultivar á toda costa. Y luchar, naturalmente, contra los enemigos del orden, que son los que componen el resto del mundo.

— Corriente.

— Hable usted siempre de *nuestros principios*, porque es necesario principiar por algo.

— Ya lo creo.

— Cuando no haya otra cosa que decir, cite usted la ley, porque siempre es bueno citar la ley en los artículos de fondo político.

— Lo malo es que yo no conozco la legislación.

— Ni yo tampoco; pero hace treinta años que vengo citando la ley, así en globo, y me ha ido muy bien.

— Me alegro de saberlo.

— Haga usted el uso más frecuente que pueda de estas expresiones: *nuestras ideas*; es decir, las ideas de nosotros; *nuestras aspiraciones*, *nuestras profundas y arraigadas convicciones*, *nuestra escuela*, *nuestra doctrina*.... Vaya tomando nota.

— Sí, señor.

— Para títulos de artículos, encuadra muy bien el idioma latino. Así, por ejemplo, cuando hayamos de defender alguna barbaridad, se dice: *Dura lex, sed lex*. Cuando haya conatos de guerra, se escribe: *Si vis pacem, para bellum*. Cuando sea preciso atacar á alguien, se intitula: *Quos vult perdere Jupiter dementat*.

— Y eso qué quiere decir?

— Qué sé yo! Pero hace treinta años que las vengo empleando impunemente.

— Pues, entonces, las anoto.

— Poco á poco irá usted aprendiendo el oficio. Así, por ejemplo, para empezar un artículo, tengo para mí que no hay mejor frase que ésta: *Los pueblos como los individuos*....

— Por qué?

— Porque si un pueblo se descalabra, pongamos por caso, es lo mismo que cuando se descalabra un individuo.

— Cierto.

— Bueno, veo que estamos de acuerdo. Manos á la obra y escriba usted un artículo en favor del gobierno, por cuanto así conviene á los intereses de la empresa.

— Convenido.

II

— Cómo va el trabajo?

— Ya está listo, señor.

— Carambola, hombre! Habrá que re-hacerlo.

— Por qué?

— Porque ha cambiado el gobierno. De la noche á la mañana ha triunfado la oposición, como suele suceder en estas repúblicas sudamericanas, y tenemos ya encima al otro partido.

— Y ahora, qué hacemos?

— A ver, ¿qué había escrito usted?

— « *NUESTROS PRINCIPIOS*. — Consecuentes con nuestros principios y nuestras ideas; fieles á nuestra doctrina, no podemos menos que rendir culto á la justicia,

haciendo público homenaje al actual gobierno, que . . . » Y aquí siguen los elogios que usted me había encargado, hasta concluir diciendo «que los pueblos, como los individuos, agradecen los beneficios que se les hacen.»

—Magnífico, hombre, magnífico! Donde dice *actual gobierno*, póngale el *nuevo orden de cosas*, y estamos arreglados.

Mañana hará sensación *El Ángulo de la Situación*.

JACK THE RIPPER.



ANTÍTESIS



El alma que estudie
las leyes eternas,
sentirá hacia la vida un desprecio
que no habrá ya mayor en la tierra;
y si abre los ojos
á la luz de las lunas serenas,
mirará que la sombra es precisa
para hacer resaltar las estrellas;
y amará de las sombras
las masas inmensas,
al saber que la estrella no vive
si no vive también la tiniebla. . .

¡Qué caprichos tan raros
tiene el sino altanero!
Son caprichos de príncipe loco
barajando patricios y siervos,
y poniendo con mano nerviosa
la flor en el cieno
y la perla en los mares oscuros
y en las tumbas el último fuego;
y estampando con furia
de la noche en el lóbrego lienzo,
pinceladas de luz — los cometas —
y gotitas de sol — los luceros! —

¿Por qué la pobreza
es la madre de todos los sabios;
madre seca de frente callosa
y senos chupados,
que bautiza con sangre á sus hijos
y los deja después en el charco...?
¿Cuál será la pupila suprema
que inspecciona este loco fandango,
y no se oscurece
cuando ve que en el polvo de este astro
el sabio sólo halla
un pesebre y después un calvario,
al nacer un puñado de hierbas
y al morir una cruz y tres clavos?...

Pensar, ¡ay! que el hombre,
que tiene alas de fuego y no vuela,
es puñado de polvo, lo mismo
que la planta y el bruto y la piedra!
Pensar que la hermosa
de curva opulenta
será polvo, fué polvo y es polvo,
como el bruto, la planta y la piedra!
¡Ah! Mefisto se ríe de Fausto
que pide calores y fuerzas,
cuando ve á Margarita impasible
hilando en la rueca;
porque el diablo agudísimo sabe

que toda esa inefable belleza
pasará como pasan las formas
en la planta y el bruto y la piedra!

Corazón arrugado no puede
perder sus arrugas. . .

El licor de Mefisto
si en el vaso echa nuevas espumas,
no por eso el vaso transforma
la ya vieja y tronchada figura. . .
Podrá el sol al morir lanzar rayos,
mas no puede escapar de la tumba. . .
Ilusión, ilusión: eres múltiple!
Juventud, juventud: eres una!

Cuando en pesos iguales
se equilibre la eterna balanza,
y la carne no vaya hacia el polvo
y hacia el humo las glorias no vayan;
cuando todo tranquilo,
olvidando las fiebres pasadas,
sueñe sólo el ensueño profundo

BELLEZA CHILENA



Aida L. Sánchez

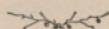
de una vida sin fin y sin vallas. . .
¡oh! entonces, entonces
podrá haber la igualdad anhelada;
que mientras nos clave
sus dientes la Parca,
habrá siempre esa antítesis fija
de todos los cuerpos con todas las almas!

José SANTOS CHOCANO.
(Peruano.)

Lima, 1900.



EXCELSIOR



Vuela siempre hacia arriba, hacia la
cúspide del monte coronado de águilas,
hacia la gloria de la luz. No lles en tu
garra de hierro las piltrafas de las carnes
de tu enemigo; ni en tu ojo rutilante el
fuego del odio que sientas por él; ni en
tu pico, hecho para partir las viscosas ví-
boras, el rastro de la sangre de su cora-
zón. Vuela á lo alto, limpio el plumaje del

limo de la ciénaga de la vida. No seas el
buitre de ningún Prometeo. No agotes ja-
más el hígado de los grandes encadenados
en el peñón de los egoísmos sociales. No
causes tormentos, ni sordas iras, ni envi-
dias bajas, ni rivalidades ruines. Sé gene-
roso. Sé noble. Sé leal. Anida en los cón-
cavos de las montañas bíblicas; busca la
compañía de los espíritus excelsos; júntate
á la cuadriga de las almas superiores. Que
te atraiga la nube; que tiendas el ala á la
estrella de la mañana; que rompas por un
éter sereno. Sube, sube, sube; y si bajas,
si quieres bajar, baja prendido á la crin de
los huracanes. Vive con dignidad bajo el
sol. Vuélvete á las auroras y salúdalas;
vuélvete á los ocasos y salúdalos también.
En tu roca no deben criarse musgos raquí-
ticos, ni yerbas venenosas, ni cactus en-
conados. Abate el vuelo en las selvas clá-
sicas y en los bosques románticos. Forma
tu nido con laurel y encina. Bebe luz á
torrentes. Desde tu altura domina todos
los horizontes, sigue la dirección de todos
los vientos, estremécete bajo todos los so-
plos del cielo. Pon el oído á los rumores
de la muchedumbre, á las palabras del
abismo, á las voces de los espíritus. No
tengas fiebres, ni insomnios, ni desespe-
raciones, ni desmayos, ni vértigos, ni ale-
grías locas, ni cóleras pasajeras. Esto turba
la serenidad grandiosa del alma y hará de
ti un neurasténico, sujeto al cambio del
clima, á las fases de la luna, al humor de
los demás. Hazte olímpico. Endiósate, si
puedes. Depura tu miserable barro. Por-
que en verdad te digo, que el que quiere
ser superior, el que aspira á subir á las en-
cumbradas regiones del arte, el que siente
que tiene alas en los hombros, debe olvi-
darse de las infinitas miserias humanas, de
las injusticias de la suerte, de las burlas
del destino, y debe esperar, con el ánimo
del justo, aunque el dolor le tienda su arco,
la hora cierta del triunfo de la razón, la
hora de Dios, hora que ha llegado, que está
llegando, que llegará siempre, aunque los
réprobos y los malvados se multipliquen
como los peces del mar y los insectos de
la tierra.

JUAN RAMÓN MOLINA.

Tegucigalpa (Honduras), 1899.



¡OH LIRA!



Cuando despiertas, ¡oh lira!
Tras de noches tenebrosas,
Con las cuerdas temblorosas
Por intensa conmoción;
Eres eco de las penas

Que llora el alma, si vibras,
Que son las cuerdas las fibras
Del arpa del corazón.

Cuando en horas festivas,
Esplendentes como el día,
Con bulliciosa armonía
Rimas plácida canción;
Llevan tus notas risueñas
A los labios las sonrisas,
Que son tus trinos las risas
Del festín del corazón.

Cuando un sér, alma de niño,
Que perfuma su existencia
Con aroma de inocencia
Canta con rítmico son;
Prodigan suaves efluvios,
Deleitando tus rumores,
Que eres flor entre las flores
Del pensil del corazón.

Cuando en nostálgicas horas
A ti acude el alma herida,
Pensando en la ignota vida
Cual puerto de salvación,
Presagian tus dulces rimas
Consuelos y bienandanzas,
Que eres faro de esperanzas
En el mar del corazón.

Cuando viviendo una vida
De amor, el alma se encumbra
Y un sol de dicha la alumbraba
En la paterna mansión;
Al simular con ternura
De los besos los murmullos,
Son tus arpegios arrullos
Del nido del corazón.

Cuando su cáliz despliegan
Las almas como las flores.
Por bañarse en los fulgores
Del astro de la ilusión;
Nos transporta tu cadencia
Al país de los ensueños,
Que de azul bordas los sueños
Del mundo del corazón.

Cuando agobiada de pena,
En busca de paz y calma
Emprende su vuelo el alma
Eu las alas de la oración;
Se oyen vibrar en tus cuerdas
Los graves salmos del coro,
Que eres órgano sonoro
Del templo del corazón.

CARMEN BRIGÉ,
(Venezolana.)

Coro, 1900.



TUYAS



Sí, tú lo sabes; me lo ha dicho un hada
hermosa como tú,
que tiene la sonrisa de tus labios,
de tus ojos la luz.

Yo no sé si es verdad, pero he sentido
en una ensoñación,
que en mi pálida frente jugueteaban
las alas de tu amor.

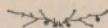
Tanta belleza, azul como la altura,
sólo un ensueño fué.
Pero es lo cierto que al abrir los ojos
sin alma me encontré!...

OSCAR G. RIBAS.

San Fructuoso, Enero de 1900.



CLAVETEANDO NEGOCIOS



ALREDEDOR DE LOS QUE MUEREN

No hay duda. El enfermo está grave,
muy grave. En el semblante de los de la
familia, están impresas las huellas del su-
frimiento, y más que esto, los efectos de
consecutivas noches de vela. Los extra-

URUGUAY PINTORESCO



La cascada del Prado

ños, con una cara de angustia fabricada
expresamente para el caso, parecen cons-
ternados ante la proximidad de la catás-
trofe, y andan con ese tranquito de Kan-
guroo del que se ve obligado á caminar
de puntillas.

En varios grupos se comentan, casi en
secreto, las últimas palabras del médico
de cabecera: « El caso es serio » — ha di-
cho, echándose para atrás y abuecando la
voz. — « Si el desenlace fatal no se pro-
duce, tal vez se salve el hombre. »



— Ya sabe usted, mi *sía* Carlota, que
estoy incondicionalmente á su disposición
— dice con acento melifluido uno de los co-
merciales en ataúdes que ha logrado pes-
car á la dueña de casa, á la futura viuda,
en momentos en que pasa para el cuarto
con una taza con caldo de patas que aconse-
jara el galeno, como recurso heroico con-
tra la debilidad del muerto, digo del pa-
ciente.

— Gracias, gracias, don Peregrino, —
contesta la aludida, enjugándose una lá-
grima con el extremo del delantal.

— Ya lo sabe usted: sin cumplidos...
¡Pobre don Hermógenes!... Un hombre
tan bondadoso... ¡qué desgracia!... Mo-
rirse así... ¿Recuerda usted aquella
broma sobre el cajón? ¡Quién pensara que
tan pronto habría de convertirse en pe-
nosa realidad! ¡Qué cosas, señora, las co-
sas de este mundo! Si no somos nada...
nada.



— ¡Cuánta repugnancia me causan estas
gentes! — prorrumpe otro del oficio que
ha logrado pegarse, peor que garrapata, al
hijo mayor del presunto causante. Me ha-
cen recordar los cuervos alrededor de la
carniza. ¡Qué manera tan desvergonzada
de ofrecer la mercancía! De mí sé de-
cir que si no fuera por mi vieja amis-
tad con el pobrecito don Hermógenes, ni
me habría acercado por aquí. ¡Tengo
tanto miedo á que me confundan con se-
mejantes judíos! Pero... la amistad im-
pone á veces ciertos deberes que... Nada
fuera si esos canallas vendieran en con-
ciencia. Mas ya lo verán: es muy capaz
el don Peregrinito de quererles endosar
un cajón por el triple del precio en que yo
podría dejarlo.



— ¿Ha dispuesto su papá? — pregunta
con mucha gravedad un escribano á otro
de los herederos en puerta, en quien ha
husmeado un albacea á su paladar.

— No, señor.

— ¡Qué lástima! Vea usted: siempre
sucede lo mismo. Yo no me explico tal
desidia en espíritus selectos como el del
autor de sus días. No obstante: hace al-
gún tiempo que me habló del propósito
de mejorar á usted y nombrarle su ejecu-
tor testamentario. Si no fuera por el qué
dirán, por los maldicientes que siempre le
han de hacer á uno á la pesca de sucesio-
nes para liquidar, á fe que haría una ten-
tativa para ver si el pobre don Hermóge-
nes arreglaba sus asuntos. ¡Me cuesta
tanto resignarme á que usted no quede
mejorado! Porque al fin, usted es el único
hijo que ha velado constante é intelligen-
temente por los intereses del viejo, que
los ha hecho prosperar, que... Y ya sabe
usted que á mí no me va en esto otro in-
terés que el de prestar á usted un servicio
que tiene, por cierto, bien merecido.



Créanlo ustedes. El escepticismo es algo
que cunde como mancha de aceite en este
siglo de irreligión, — exclama un sacerdote
gordiflón y muy moreno de cara y de con-
ciencia, que lleva la palabra en el grupo

más cercano á la pieza del moribundo. — Ya nadie se va de este valle de lágrimas con aquella cristiana resignación y enternecedora piedad de otros tiempos. Sí, señores. La iglesia, al fin y á la postre, tendrá que sucumbir por la falta de caridad de sus adeptos. Aquellas mandas tan rumbosas de que era objeto tan á menudo y que por tal manera contribuían á su perduración y magnificencia, hoy tan sólo por muerte de un obispo las realiza alguno. ¡Hasta los diezmos y primicias se han abolido!

¡Y de ese modo haga usted religión!



— ¿Qué tal? — pregunta picarescamente un sirviente al oído del otro.

— Me ligué dos kilos de azúcar, *ché*; ¿y tú?

— Hombre, yo me había distraído con una botella de coñac que cuidadosamente oculté allá en el rosál; pero cuando fui por ella... ¡*niquis*!

— ¡Qué gente lista hay en esta casa, chico!

— Eso no es nada. ¡Con tal que el muerto no vaya en ropas menores al cementerio!



«Murió; un estertor quebrado acaba de anunciar la triste nueva.»

«Los sollozos y los gritos de dolor resuenan en todas partes.»

— ¡Qué horror... quedarme sin marido! ¡Y á los cincuenta años! ¡Dios mío, Dios mío!

Contesta la vecina que tuvo la tarea de ayudar á bien morir á don Hermógenes:

— Tenga usted resignación, doña Carlota. ¿Qué deja usted para las que como yo es el cuarto marido que pierden? Y ya ve usted...

— Señora: hay que conformarse con los designios del Altísimo — agrega el procurador amigo de la familia, encargado por mayoría de pareceres para córrer con todos los trámites del velorio y del entierro, sin interés alguno, por pura amistad, se entiendo, y, cambiando una mirada de inteligencia con cierto hombrecillo, de cara en guerra perpetua con el agua, que, mudo, torvo é impasible presenciaba las escenas que se desarrollaban en la alcoba mortuoria, preguntó á la viuda fresca:

— ¿De qué precio quiere usted que sea el servicio fúnebre?

— No se pare usted en medios, don Claudino: que sea de primera, de lo mejor; que concurren muchos carruajes, todos los que haya en la población; que se

invite para el entierro á todo el mundo, cuidando de que sean los primeros el señor cura párroco, el señor juez letrado, el señor jefe político y el señor diputado N., pues ya sabe usted que Hermógenes era como *chancho* con ellos.

Y don Claudino ponía en movimiento todas las partes movibles de su cabeza: los labios, los ojos, la nariz, y hasta la oreja izquierda obedecía sumisa á las contracciones que su voluntad le imponía, amén de guiñar continuamente y tal vez sin querer, á su compinche, como diciéndole:

— ¿No te decía, chico, que aquí teníamos filón? ¡Y tú, tonto, que te permitías ponerlo en duda!

La plática quedó interrumpida bruscamente por la presencia de un chico de la

URUCUAY PINTORESCO



Montevideo. — Club "Uruguay"

casa (porque hay hijos que sólo pertenecen á la ubicación), el que metió por las narices á doña Carlota un sobre colosal con anchos filetes negros, dentro del cual la destinataria halló por partida doble, el pésame que, con frases almibaradas, le enviaba el bueno del boticario como preparándola para el puntillazo de la cuentita que ha de ser doble ó sencilla, según que el pago haya de hacerse en autos ó personalmente, de inmediato y en oro contante y sonante.

— ¡Qué penosa impresión causan en mi espíritu estas escenas! — me dijo mi compañero de observación. — Parece increíble que el interés comercial nada respete, todo lo atropelle y...

— ¿Filosofía tenemos? — le interrumpí yo, poco dispuesto á oír reflexiones que se me antojaron fuera de lugar. — ¡Hombre! ¡Usted no vive en su siglo, amigo mío! ¡Qué! ¡Recién se desayuna usted de que el oro es el más grande, el más poderoso, casi el único móvil de las acciones humanas? ¿Conoce usted algo más natural y puesto en razón que todo eso que acabamos de presenciar? ¿En qué parte

del mundo civilizado no se hace lo mismo?

— Sí, pero...

— Nada. Que en castigo de su candidez, no consigno en este artículo sus impresiones, porque sería llenar de sombras las claridades del cuadro.

¿Estamos?

SOLANO A. RIESTRA.

Florida, 1900.



NATURALEZA



Oh! gran naturaleza,
cómo encanta y cautiva tu belleza!

Cómo encuentran los genios trovadores,
lindos temas que inspiren sus cantares
en tu cielo, tus bosques y tus flores,
en tus montes, tus valles y tus mares!

En ti encuentra un alivio el desgraciado,
un suspiro el que duerme en una fosa,
un pedazo de tierra el desterrado
y un ángel de consuelo el que solloza!

¡Oh! gran naturaleza,
cuánto puede tu encanto y tu belleza!

Cuando alumbras el mundo con tus teas,
los pájaros entonan sus cantares,
empiezan á humear las chimeneas,
y principia el labor en los hogares.

En las tardes serenas y amorosas,
bajo un sol de purísimos matices,
en sus lechos de rosas
se aduermen las hermosas
amantes y risueñas y felices.

.....

Y cuando recogiendo tus fulgores,
te reclinas soberbia, enamorada,
en tu lecho de estrellas,
entonan los nocturnos trovadores
sus canciones más bellas,
al pie de la ventana de su amada.

SAMUEL FERNÁNDEZ MONTALVA.
(Chileno.)

Valparaíso, 1900.



EN PALERMO



Son las 6 de la mañana. — Llegamos á Palermo. — Hemos dejado atrás la inmensa Avenida Alvear, flanqueada de palacios multicolores, de admirable variedad arquitectónica, como una sierpe monumental, movable y magestuosa, que huye del aire enrarecido de la ciudad que despierta. — El cielo, lleno de luz, más azul que el nuestro, sin dejar de ser bello, como el color de la bandera de Belgrano, recibía las últimas caricias de las nubes blancas, cual

nereidas siderales, surcando hacia el infinito los océanos etéreos del espacio... El paisaje es espléndido. — La naturaleza nunca es fea, y, si á veces lo fuere, el gusto estético del hombre sabría corregir los errores resultantes de las combinaciones caprichosas de la materia, en sus diversas formas. — Esto ha sucedido con el pequeño «Bosque de Boulogne», según la frase preferida, ampulosa, de los porteños ilusionados con su grandeza parisiense. Muchas avenidas blancas, con altos árboles de hojas caedizas á sus costados, se bifurcan, como los afluentes de un río, de la gran avenida Alvear, las que, á su vez, se dividen en caminos cuidados y elegantes, con bancos amarillos, que conducen al interior del gran paseo aristocrático de Buenos Aires. — Á nuestro frente tenemos la avenida Sarmiento, ó de las Palmas, que es la más hermosa de las calles de Palermo. — Á uno y otro lado se levantan, con la gallardía de los árboles tropicales, altas palmas que se pierden á lo lejos en hileras verdoso-amarillentas. — Allí es donde, de tarde y de noche, la aristocracia porteña va á aspirar aires puros de campo; donde van á lucir las mujeres su boato característico, y á cambiar los jóvenes anhelantes las primeras miradas de amor, envueltas en los efluvios heterogéneos de las flores que, como ciertas mujeres, ofrecen en todos los momentos, sus dones al aire que las acaricia...

Á la hora en que llegamos á Palermo, atraídos por el movimiento de ciclistas que temprano se nota en el paseo, no pudimos menos de admirar la grandeza y la originalidad del espectáculo que se ofrecía á nuestra vista. — El sol comenzaba á encender las piedrecillas de los caminos, y las hojas de los árboles, desperezándose, después del sueño de la noche, se erguían ante la luz del astro que reparte por la tierra la limosna de fuego del calórico vital. — Por la Avenida Alvear aparecen, de pronto, grupos numerosos de ciclistas, de ambos sexos, de edades absolutamente distintas, de gracias varias... El dulce repique de las campanillas prendidas á los radios de las ruedas delanteras, nos anuncia su proximidad, y á nuestro lado pasan, en un desfile interminable, las grandes familias de la capital bonaerense, con hijos y sobrinos, todos, describiendo círculos breves con los pies, más ó menos ágiles, queriendo tragarse, sin intervalos, el aire profuso de la atmósfera que rasgan en silencio... — Á las niñas porteñas da gusto verlas trepar con toda elegancia, descuidadas, sin miedo, en las lujosas máquinas de pedales plateados y asientos de

terciopelo, — cuya suerte tantos envidian, — y salir á la carrera por las angostas avenidas de Palermo, vigorizándose físicamente en ese ejercicio saludable de la mañana, y despreocupándose, aunque sólo por unos momentos, de los atávicos convencionalismos de una sociedad encastillada en la costumbre de encubrir sus faltas con fórmulas vanas de virtud ó con recatos jesuíticos aprendidos delante del espejo...

Después de un rato, durante el cual presenciamos el desfile de los ciclistas madrugadores, la curiosidad nos hizo seguir á una diminuta pareja, compuesta por una niña, muy niña, de diez ó doce años á lo sumo, de negros cabellos, caídos alrededor de su sombrerito redondo de paja con cinta roja, de cara muy fina, morocha, de color «porteño», llevando un vestido blanco, tan blanco como el niveo plumaje de los cisnes que se aburren en las aguas mansas de los lagos, nada estéticos, de Palermo, — y por un jovencito poco mayor que ella, morocho también, marchando muy junto á la niña, con lentitud, sin ganas de concluir pronto tan interesante jornada... Entraron á la avenida de las Palmas, tomaron otros caminos entrecortados del bosque y fueron á dejar sus pequeñas bicicletas en la ribera del «gran lago», sentándose ambos, después, en uno de los bancos rústicos que allí se encuentran. — No podía ser más á propósito el paraje elegido por aquellos niños turistas, para descansar de sus fatigas. — Árboles de gran copa impedían que llegaran hasta ellos las miradas indiscretas del Sol, que, con sus pupilas de oro, se empeña siempre, como una suegra majadera, en conocer todo lo que no le importa. — Las aguas del lago besaban, cerca de ellos, la tierra que las detenía, como pidiéndole una libertad que se les negaba, y los cisnes mecíanse blandamente sobre ellas, con toda la presuntuosidad de las coquetas... Las lejanías verdes de los jardines que circundan el lago; las pequeñas islas flotantes, llenas de vegetación variada y pintoresca; los cantos monótonos del jilguero, alternando con las voces melodiosas del cardenal criollo, — todo eso daba una especie de tonalidad poética á aquel paraje sombrío en donde se sentaron muy juntos los niños ciclistas.

Á cierta distancia del banco que éstos ocuparon, nos estacionamos nosotros, sin que nos vieran. — La brisa matinal, fresca é impaciente, hacía temblar las hojas de los árboles, y al chocar unas contra otras, producían murmullos indefinibles de protesta... No llegaban á nuestros oídos

todas las palabras de los jovencitos paseantes. — Pero sus movimientos y algunas frases sueltas nos demostraron que... eran novios! — Él, con desenvoltura tenoriana, atraía con el brazo izquierdo sobre sus hombros la simpática cabecita de la niña morocha, y ella... dejábale hacer, complaciente; y sobre su falda blanca acariciaba la mano pequeña del precoz enamorado. — Así, mirándose con ternura, sin artísticas afectaciones, con la sinceridad de sus pocos años, conversaban de su cariño, que no comprenderían; pero, que, sin duda, experimentaban con el mismo entusiasmo que inspira á los niños una muñeca grande y bonita... Era todo un idilio encantador, naturalísimo, bajo el dosel verde de los árboles que, á veces, se entreabrían para dejar pasar hasta ellos, en la luz de la atmósfera, besos azules de cielo... ¿No vendrá mamá?... interrogó intranquila, de repente, la niña con entonación que llegó hasta nosotros. — Él la tranquilizó con algunas palabras que no oímos. — Y un momento después, sus labios carmíneos, virginales, se unieron en un beso ardiente, de novios de veinte años, que repercutió con armonías de amor, en el bosque, mudo testigo de la primera caricia de una mujer que nacía.....

JULIO MARÍA SOSA.
(Uruguayo.)

Enero, 1900.



PARRAFITOS



(Para Ramón.)

En la escalera del vapor estrechó por última vez la mano de su amado, que se alejaba, y vertiendo copiosas lágrimas balbuceó: — Ve tranquilo; nunca, nunca te olvidaré!

Y esa misma noche sonreía llena de amor en los brazos de un hombre, arrebatada en el torbellino del vals.



Muellemente recostada en su magnífico diván, la rubia encantadora rompió el sobre de la carta que acababan de entregarle, y leyó: «Me mato, y tú eres la culpable!»

— Otro!... y van tres! exclamó riéndose, haciendo mil pedazos con sus delicados dedos el fúnebre billete.



¡Hija! — gritó la infeliz harapienta que

demandaba la caridad pública, viendo pasar á su lado una mujer joven y bella cargada de joyas y de elegantes pieles...



Entró al cementerio y encaminó sus pasos á la tumba de su amado.

Poco antes de llegar divisó, de rodillas junto al sepulcro, una mujer enlutada. Y tuvo celos y rabia, y arrojó lejos las flores que llevaba al muerto.

A. LIRA G.

Valparaíso, 1899.



EMBRIAGUEZ



¡Déjame delirar! Brotó la nota que sabe conmover el alma mía; no queda en la botella ni una gota y la copa de ajeno está vacía... La extraña melodía que arrebató tu inspiración del piano, la que hace revivir la remembranza; con su ternura puede, lentamente, extinguir el presente y hacer surgir de nuevo la esperanza.

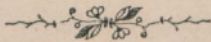
Tú eres la mala, tú, la aborrecida; tú que sin fe, sin Dios, sin ilusiones, te dejaste arrastrar por las pasiones y en ese vendaval pierdes la vida. Estréchame en tus brazos y perdona al mundo que insensato nos ofende; á ti porque lo buscas te abandona y á mí por mi altivez no me comprende. Y aunque así nos condena, es que no sabe en su egoísmo impío, pudiendo rechazar nuestros amores, que hay en el fondo de tu vida hastío y que en mis versos hay muchos dolores...

¡Ámame! Mira, ó dime que me quieres; yo no puedo exigir un imposible, que me llegues á amar es increíble si eres igual á todas las mujeres; mas puede tu ternura disipar un instante mi agonía y borrar el pesar de todo un día con un solo momento de ventura. Yo busco en mi locura ese ideal por quien mi fe suspira, y aun cuando sea mentira, poco importan del mundo los abrojos, ni importa que escuchando tus agravios, al apurar el beso de tus labios, beba con él el llanto de tus ojos. Yo quise á una mujer como se adora cuando se sueña aún, cuando se espera; y ella inocente y pura, huyendo de mi lado, me abandonó perjura dejando el corazón despedazado. Y el pobre corazón que la comprende, si no puede olvidarla, la perdona, y, lejos de su amor que me abandona, vengo á buscar el tuyo que se vende.

¡Déjame delirar! ya del piano no hace brotar tu mano la extraña melodía que sabe enloquecer el alma mía y á conmover mi escepticismo alcanza; lentamente murió la última nota, ya no hay en la botella ni una gota, ni acá en el corazón una esperanza...!

IGNACIO FLORES MACIEL.
(Mejicano.)

Zacatecas, Diciembre 30 de 1899.



¡SARAVIA!



Para Constancio C. Vigil.

Vedle, es el gaúcho valiente de una raza no extinguida, de los que daban la vida

URUGUAY PINTORESCO



Una entrada del Prado

por la Patria independiente; vedle en el fiero torrente cuán se revuelve y se agita: su lanza muerte vomita, y con su arrojo espartano muestra al enemigo hermano su abnegación infinita.

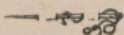
Es Saravia, el denodado, el de alma fuerte y templada, el que quiere con su espada tomar derecho sagrado, es el heroico soldado del sufragio y la igualdad, el que con recta lealtad desafía á lo execrable y levanta con su sable la antorcha de libertad...

De lejos, del Cordobés viene el heroico guerrero, el meritorio heródero de los grandes Treinta y tres; sin envidia ni doblez pone una flor cariñosa en la veneranda fosa del que en altiva contienda dejó tras de sí una senda como estela luminosa (1).

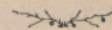
RICARDO MORATORIO.

Enero de 1900.

(1) Diego Lamas.



LOS MAESTROS VIEJOS



DON EDUARDO DE LA BARRA



El Maestro está ya viejo, venerables canas,—¡las canas de la lucha!—blanquean hoy su gran cabeza de incansable y fecundísimo trabajador intelectual; pero, en él, el espíritu de estudio y el amor á su arte se mantienen potentes y entusiastas siempre, como en los mejores días de su juventud, y el literato, el sabio, se sobreponen en su vida al hombre. El maestro, pues, trabaja, y da ejemplo, en este país de reputaciones literarias de oropel, de la más pura gloria humana, con su formidable labor mental, ya casi enciclopédica. Porque, viejo y todo, el autor de *Las Lenguas Celto Latinas* y de *Literatura Arcaica*—para citar sólo éstas, entre las mejores de sus últimas obras—es uno de los pocos intelectuales de Chile que estudian y trabajan, y, lo que es más, que trabajan impecablemente.

Hermoso ejemplar de hombre, en verdad, el del Maestro de la Barra! Durante cuarenta años—es decir durante casi toda su vida—no ha descansado, puede decirse, un solo día, en la noble tarea del estudio y del trabajo, enseñando é ilustrando á los que de ello habían menester; y toda una generación en Chile,—la de los hombres jóvenes de hoy—le debe al maestro algo,—sí, por lo menos, algo!—de lo poco ó mucho que ella ahora sabe. ¡Lo que, al fin y al cabo, dice alguna cosa por el bien y por la cultura nacionales, en este país chileno! Toda una generación de hombres jóvenes le debe algo al Maestro de la Barra ciertamente; y cuenta que á ella pertenecen personalidades tan distinguidos como Karlos Newman, como Marcial Cabrera Guerra y como Narciso Tondreau, entre otros que son honra de América, no ya sólo de Chile, científica ó literariamente. Sí, es, sin duda, una muy noble labor la del hombre que, como intelectual, ha hecho germinar tan ricos frutos en la vida mental de un país, y el Maestro de la Barra, buen sembrador y mejor cultivador de una ideal semilla, merece bien, por ello, y merecerá más cada día, los laureles gloriales con que ya, en todas partes, se saluda su nombre.

Actualmente, después de haber traducido incomparablemente, como nadie, á Horacio, el maestro trabaja, entre otras obras—¡como si no llevara ya, como lleva, cincuenta, nada menos, publicados!—en

la restauración del *Poema del Cid*, en la ídem de la *Antigua Crónica Rimada* (que Amador de los Ríos intitula *Las mocedades de Rodrigo*), y en un texto de Orto-grafía Castellana para uso de las escuelas. ¡Y aún tiene por hacer, parece, otra restauración, la del fabliau religioso *Lo Libro des tres Reys d'Orient* y una Espagí-rica de la Lengua Castellana! Admirable y formidable labor de intelectual y de hombre, que señala, como ejemplo único á todos, un gran cerebro, un gran corazón y un gran carácter, en la vida nacional de Chile, hoy.

Y bien, pues; que nuestros incipientes escritores literarios, miembros casi todos, *por derecho propio*, de la Mutua de Elo-gios de América, aprendan, en la obra del Maestro, á hacer bien por la Humanidad y por el arte; que, por lo que á mí toca mientras hago el estudio completo que su personalidad eminente se merece, yo sa-ludo, en el ilustre luchador intelectual chi-leno, á una de las más altas y venerables cabezas de nuestro no tan pequeño mundo literario americano.

MARIO CENTORE,
(Chileno.)

Valparaíso, Enero de 1900.



MARINA



Á Constancio C. Vigil.

Teñíase el cielo
Con franjas de grana,
Luciendo á Occidente
Gijante montaña,
De nubes plomizas
Y nubes de nácar,
Con bordes dorados
Y flecos de plata.

La tarde moría,
El sol se ocultaba
Tendiendo en el cielo
Sus ráfagas aureas
Al hundir su disco,
En lecho de gasas,
Que tal parecían
Las nubes lejanas.

La brisa suave
Traía á la playa
Con dulces recuerdos
Que roban la calma,
Esencias marinas
De iodo y de algas,
Que en tardes de estío
Se aspiran con ansia.

Las aguas en ondas
Color esmeralda,
Mecíanse apenas
Á impulsos del aura.
Las olas, lamían

La orilla cercana,
Dejando en la arena
La espuma risada.

Allá, en las llanuras
Inmensas del Plata,
Las naves, tendidas
Sus velas, flotaban
En fondo de brumas
Que crece y se ensancha,
Surgiendo los barcos
Como unos fantasmas.

Los buques de guerra
De grises corazas,
Se mecen tranquilos,
Mostrando en sus bandas
Lucientes cañones.
Y arriba, en las gaviás,
Las gentes de abordó
Que alegres trabajan.

Las lanchas de pesca
Corriendo regatas,
Regresan al puerto,
Y á larga distancia,
Parecen palomas
Que mojan sus alas
En el transparente
Cristal de las aguas.

Las níveas gaviotas
En grandes bandadas,
Coronan la cima
De rocas y escarpas
Que en gruesos islotes
Se ven á la larga,
En toda la costa
Que Atlántico baña.

Del cerro en la cumbre
La esbelta atalaya,
Arroja al espacio
Envuelto entre llamas
El globo de humo
Que se hincha y dilata,
Y un ronco estampido
Retumba en la rada.

Suenan los clarines,
Tocan las campanas,
Los acorazados
Contestan la salva.
Se arrian banderas.
Vapores y chatas
Del tráfico, aferran
Del muelle á las gradas.

La tarde fenece
Tornándose opacas
Las naves, las costas;
Los cerros, las casas,
Las aguas, el cielo
Donde se destacan
Temblorosas, tímidas,
Las estrellas pálidas.

La noche ha surgido
Brumosa y callada
Envuelta en misterios
Que el hombre no alcanza
Tan solo se escuchan
Murmurios del agua,
Chocar de las olas
Que el viento levanta.

El piélago inmenso
Parece una mancha

Con puntos rojizos
Como astros, como áscuas,
¿Qué dulces recuerdos
En mí se desatan
Que siento raíces
Brotar de mis plantas?

Entre esas tinieblas,
Mi ardiente mirada
Busca en lo infinito
El nido y la patria,
¿Qué triste es la noche
Lóbrega que espanta
Y todo lo envuelve
En sombras veladas!

Allí están mis lares
Detrás de esa valla
De inmensos crespones.
El mar los separa.
Más negra, es la noche
Perpetua de mi alma,
Más hondo el abismo
Que forman mis lágrimas

Al agua, suspiros
Al agua, baladas
Al agua, recuerdos
Al agua, nostalgias;
Al mar los arrojo
Que el mar los arrastra
Y á impulso del viento
Los lleva á otras playas.

ELADIO SÁNCHEZ BOMBÍN.

Febrero de 1900.



BUITRES



Los buitres en bandadas, silenciosos
en el azul del éter agitaban
lentamente, con ritmo acompasado,
sus renegridas alas.

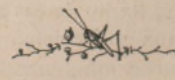
Naturaleza toda era el reflejo
en el día estival, de ardiente fragua,
parece que pesara sobre el mundo
una mortuoria lápida.

Bajaron al festín, las carniceras
aves siniestras de punzantes garras,
á destrozár de moribunda bestia
la palpitante entraña.

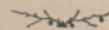
Entonces recordé, con odio intenso,
con el odio profundo de mi alma,
la turba miserable de los buitres
que á mi patria desgarran.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.
(Uruguayo).

Santa Fe (República Argentina), 1900.



CON LA OLA



Nos lleva la ola. Vamos con la espuma.
Y están en la orilla la arena y la roca.
Pero no sabemos
á cuál de ellas ama la inconstante ola.

Nos arrulla el ronco cantar de los mares,
y nos va llevando, la ondulada onda,
hacia un horizonte
que corta el escueto perfil de una roca!

José M.^a QUEVEDO.

La Plata.



SOCIALES



— Ha regresado de Minas, donde pasó una temporada de campo, el aventajado joven amigo Mario Fernández Latorre, quien dentro de breve plazo rendirá el último examen en la carrera de Notariado.

— Con procedencia de Nueva Palmira, se halla en Montevideo el señor Francisco Sellanes, que viene con el propósito de atender á su salud algo quebrantada.

POSTRIMERÍA. — A. C. . . — Tacañería, ó por lo menos ridículo egoísmo, pareceríanos el privar á mis simpáticas lectoras del siguiente fragmento que he tomado de una *poesía* publicada en el periódico de Tacuarembó *El Centinela*:

«¡Horrenda muerte, que de mi pasión
Mataste sin piedad!... ¡la dulce calma!
Convirtiendo mi ideal en ilusión,
¡Fatal destino del candor de mi alma!

¡Hubo dicha?... mi ángel de esperanza
De júbilo llenóme un porvenir...
Ven á mí!... ¡tu vuelo!... ¡la bonanza,
Del pobre corazón y mi existir!

Si no vienes naufraga mi existencia
En un lago de inmensa soledad
La muerte será eterna!... ven, CLEMENCIA,
Quiero verme rendida á tu amistad!

Pero, ¡ay! que no vendrás ficción mentida!
Esperanza que acarició la mente!
El tiempo pasará, con él mi vida,
Después de la agonía... ¡mi cuerpo inerte!

Lóbregas sombras, de la muerte; el signo
Que contempla mi planta vacilante!
También yo he de morir!... es el ¡destino!
¡Triste consuelo de mi pecho amante!

RAMÓN B. . .

San Fructuoso, Enero de 1900.

— Regresó á Treinta y Tres el señor presbítero José Bergara.

— Dentro de pocos días partirá para Buenos Aires el joven José Francisco Saravia, hijo del general Gumersindo, quien va con el objeto de ingresar como cadete en el Colegio Militar de la ciudad vecina.

— Partió, con destino á Mercedes, el señor Ernesto Felippone; y para el Salto, el doctor Juan J. Gomensoro.

AZAHARES. — En el mes que comienza se efectuarán dos interesantes ceremonias nupciales: la de la señorita Isabel Ollo-niego con el señor escribano Luis B. Bar-

beito, y la del caballero Ángel Castillo con la señorita Juana Elena Etchart.

— Se efectuó anteayer, ante distinguida concurrencia, la boda de la señorita Guillermina Martirene con el señor Juan Pietra.

— En Mayo próximo tendrá lugar el enlace del señor Horacio González Capurro con la señorita Isabel Morales.

— Nos escriben de Rivera que próximamente se realizarán los desposorios de la señorita Laura Barrera con el joven José M. Abellá y Jourdan.

en la primera línea de cuantas crónicas se escriben de tales fiestas. Vieja soy y los he leído ya de sobra. — Agradecerá, *Minú*.

Traslado y autos.

— Acompañado de su señora esposa y dos hijos, encuéntrase entre nosotros el apreciable vecino de Mansavillagra señor Pedro Salanaba.

— Para las fiestas de carnaval, el público que visite el Gran Café «La Colmena» recibirá como obsequio de sus propietarios un hermoso vals del inteligente maestro don Luis Barsotti, titulado «Re-

AMÉRICA INDÍGENA



Indios mansos del Chaco

— La bellísima niña guadalupense Mosteta Genta unirá para siempre sus destinos, en el próximo mes de Marzo, á los del joven Ernesto Cáceres.

— Se encuentra enfermo un hijito del senador doctor Luis María Gil.

— En la primera quincena de este mes, son esperadas en Montevideo la señora de Vélez y la señorita Toribia Vélez.

— Muy lamentado ha sido en el Río Negro el fallecimiento del apreciable joven Luis Gutiérrez Mendoza. También nosotros nos asociamos al duelo de su familia.

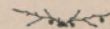
— Con motivo de aproximarse las fiestas carnavalescas nuestra colaboradora, *Minú* escribenos estas líneas *ad petendam*... lo que se verá:

«Le agradecería mucho al cronista solicitara en la revista de los demás colegas, que ni ellos ni sus colaboradores hicieran uso, al mencionar las fiestas próximas, de términos y frases tan aviejados, tan horriblemente gastados y fastidiosos como «en los días consagrados al culto del Dios Momo...»; «en honor del marqués de las cabriolas...», «las horas de locura», «asoma ya al son de los cascabeles...» y otros muchos que leemos todos los años

cuertos Uruguayos» y dedicado á aquel mismo Café. Quienes han oído esta pieza musical emiten de ella los mejores juicios.



PARA EL HOGAR



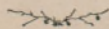
AGUA DE COLONIA SUPERIOR. — Tómese de: alcohol de 85°, 1 litro; esencia de néroli, 3 gramos; esencia de romero, 1 gramo; esencia de corteza de naranja, 5 gramos; esencia de corteza de limón, 5 gramos; esencia de bergamota, 2 gramos. Mézclese, y transecurridas unas cuantas horas fíltrese, y consérvese en frasco de tapón esmerilado.

COLODIÓN ANTIDONTÁLGICO. — Tómese de: acetato de morfina, 5 centigramos; esencia de menta, 4 gotas; ácido fénico puro, 20 gotas; colodión, cantidad suficiente para completar 4 gramos de preparación. Introdúzcase una bolita de algodón empapada de esta mixtura en el diente ó muela cariados. El dolor cesa á los pocos segundos.

PLANTAS QUE CURAN.—*Cuayacoó palo santo*.—En pequeña dosis, el guayaco es un estimulante análogo á los balsámicos. Activa la circulación y aumenta la calorificación. En dosis elevada produce una sensación de calor en la garganta y en el estómago,—náuseas, vómitos, evacuaciones diarreicas, y á menudo salivación y aumento en la diuresis.—Empléase en las afecciones de la piel, el reumatismo, la gota, el asma y el catarro pulmonar crónico. Cocimiento: leño de guayaco raspado, 50 gramos; agua, 1.250 gramos. Hiérvase por espacio de una hora para obtener 1,000 gramos de cocimiento. Cuélese, déjese en reposo y decántese.—*Nioac*.



NUESTROS GRABADOS



Entre los numerosos grabados con que aumentamos el interesante material que figura en este número, debemos mencionar,—dentro del poquísimo espacio disponible,—el retrato del general Aparicio Saravia, especialmente invitado para la popular reunión que se realizará este domingo en Rivera; el jefe principal de la generosa campaña de 1897; el caudillo querido y aclamado, cuyo valor y pericia militar brillan á igual altura que su magnanimidad y su abnegación sin límites.—En este día de fiesta para la comunidad, LA ALBORADA presenta en esta forma su homenaje al humilde caudillo del Cordobés, que una vez más aclamarán millares de ciudadanos, viendo en él al patriota sin mácula y al brazo siempre sumiso al dictado del derecho y presto á la defensa de la justicia y de la libertad.

DEL CONGRESO ELECTOR.—En otra página presentamos la fotografía del ilustrado y noble compañero de causa, señor doctor José María Arregui, el que honra nuestras páginas, no sólo por sus merecimientos y sus dotes de inteligencia y de virtud, sino que también en su carácter de miembro del congreso elector de las autoridades superiores del partido Nacional.—El doctor Arregui, que tuvo una importante participación en la elección última, representó en aquella corporación al departamento del Salto.

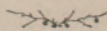
LOS ESCRITORES DE LA ALBORADA.—Luis Berisso honra hoy á esta galería, dejando en ella, acaso, algún girón de la estela luminosa que acompaña su atrayente personalidad artística, tan hondamente sin-

cera y tan americana.—Berisso tiene la perseverancia, la originalidad y la facundia de un escritor ya hecho. Su espíritu aparece impregnado del perfume de una dulzura extrema y reproduce el ritmo de los más grandes y bellos sentimientos humanos.—Sus triunfos han hallado eco muy lejos de las fronteras de su patria, y hasta en Europa se han escrito ya. Su traducción del grandioso poema de Eugenio de Castro, y su brillante libro de crítica *El Pensamiento de América*, alcanzan con creces para afirmar su reputación incuestionable.

Mal pudiéramos pretender trazar su esbozo en estas menguadas líneas: nos apremia la carencia de lugar, y al limitarnos á presentarle como nuestro colaborador muy apreciado, lo hacemos con verdadera satisfacción y verdadera alegría.



NOTAS DE LA SEMANA



En la semana que termina, nos han llegado en canje, por vez primera, *La Revista Blanca*, de Valparaíso, que dirigen los jóvenes Tomás Ríos González y Mario Centore; *Revista Zacatecana*, que redactan los hermanos Toro é Ignacio Flores Maciel en Zacatecas, y la conterránea *La Aurora*, publicación anarquista de «suscripción voluntaria», que «aparece cuando puede», y que en su frente luce, á manera de lema, esta grave sentencia de monsieur J. Grave: «No me extraña que haya haraganes que no quieran trabajar: lo que me admira es que haya quien trabaje para mantenerlos.»

Además, *El Santafesino*, amena publicación hebdomedaria, á cuyos elogios para LA ALBORADA quedamos agradecidos; *El Comercio de Bolivia* que transcribe la carta en que el ilustrado boliviano doctor A. S. y Saavedra nos prometió su colaboración, y *El Porvenir Militar* semanario bonaerense que dirige el señor Alejandro Rámilo.



Los correligionarios de Paysandú irán á la reunión de Rivera presididos por el ilustrado correligionario señor Apolinario G. Vélez, y llevarán para desplegar en la fiesta una bandera hermosísima, bordada en la Concepción del Uruguay por las señoritas de Warren. Tuvo esta insignia su bautismo de balas en las tristes jornadas del 86.

Excelente acogida, á la que seguirán proficuos resultados en la práctica,—ha tenido en campaña la por todos conceptos plausible comunicación que el honorable director del partido nacional hizo circular con fecha 19 del mes corriente; estimulando el celo de las comisiones departamentales y seccionales respecto á la inscripción de los correligionarios en los registros cívicos.



Nuestro inteligente compañero de ideas el joven Pedro W. Bermúdez Acevedo, ha formulado un proyecto de reglamento para las escuelas ciudadanas del departamento de Treinta y Tres,—donde reside aquel estimado amigo. Muy pronto este proyecto pasará á estudio de la comisión departamental correspondiente, y es casi seguro que será aprobado, procediéndose á la apertura de escuelas ciudadanas en todo el departamento.

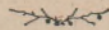
Felicitamos sinceramente al joven é ilustrado correligionario por esta iniciativa que tanto le honra.



La comisión especial que se formó en la capital de Rivera con la misión de hacer un obsequio al general Saravia en nombre de los nacionalistas del departamento, terminó satisfactoriamente su cometido, y hoy entregará al popular caudillo, una artística y valiosa alhaja, adquirida con el concurso de numerosos compañeros de la villa y campaña.



CORREO SIN ESTAMPILLA



C. S. M.—Y su dirección? No he de saberla nunca?

Alma Muerta.—Florida.—Sin conocer á usted y sin poder escribirle, no hemos de entendernos nunca.

H. de R.—Colonia.—Es usted muy tacaño para el chiste. Lárguese, hombre, que no ha de quedarse con la chola vacía.

Armadura.—Montevideo.—Ahí va la primer estrofa:

«Mi ilusión, mi tesoro,
Mi dicha, mi amor,
Grande es mi dolor
Pues que bastante te adoro.»

Y no continúo á la espera de que se arme de pañuelo el señor Armadura y cese esta primera lluvia de lágrimas.

Letri.—Montevideo.—Tapa! tapa! Y ¡vaya con el seudónimo que se ha elegido usted!